

La sangrienta lucha por el arzobispado de Colonia que Gebardo había jurado, fué siguiendo sin éxito decisivo durante meses enteros, porque así a los amigos del arzobispo apóstata, como a sus adversarios los católicos, les faltaba lo principal, que era los fondos suficientes. Pero pronto se mostró también en esto la superioridad de los católicos. Entre los príncipes eclesiásticos alemanes sólo el excelente obispo de Wurzburg, Julio, prestó una gran ayuda de costa (1); mucho más prontos se mostraron para sacrificarse el Papa y el duque de Baviera, los cuales tomaron sobre sí el peso principal de la guerra.

Gregorio XIII, no contento con promover la causa de Ernesto en todas partes, aun en Francia, por breves de recomendación, prestó a pesar del mal estado de su hacienda tanta ayuda en subsidios pecuniarios, como de alguna manera le fué posible. Ya en marzo de 1583 envió a Viena, al emperador, siempre necesitado de dinero, que al principio quería pactar con Gebardo, un donativo de 100000 florines, que no dejó de producir su efecto (2). Al duque Guillermo de Baviera la cámara apostólica le había remitido hasta otoño en total de 90000 florines por medio de la casa de banca de los Welser. Siguiéronse otros pagos (3). No fué de menor importancia el que Gregorio XIII, sin cuidarse de que la presencia de tropas extranjeras en el suelo del imperio desagradaba a Rodolfo II, desplegó en Madrid una ardorosa actividad para mover al rey de España a apoyar rápida y enérgicamente al ejército de Baviera por medio de su gobernador de los Países Bajos, Alejandro Farnesio. A este fin hizo valer el Papa, que estaba gravísimamente amenazada no sólo la religión católica, sino tam-

por un personaje inepto, defectuosamente preparada, y todavía peor apoyada. Como el gobierno pontificio, desde el momento que constó con certeza la apostasía de Gebardo, no quiso hacer con él pacto alguno, así mostróse su resolución de dar los pasos extremos aun en oposición al cabildo con los poderes otorgados a Bonhómini, de nombrar independientemente un arzobispo, si de la elección no saliese uno adecuado. Como la curia fué la que obligó al duque Ernesto contra su voluntad a ir a Colonia y agenciar su candidatura, como supo moverle a permanecer allí, a pesar de que varias veces quiso partirse, desesperando del buen suceso, así supo también dirigir según sus intentos la débil y dependiente política imperial.»

(1) Cf. Lossen, II, 511 s.

(2) V. *ibid.*, 311, 384.

(3) V. Theiner, III, 402, 489 s., 496, 499; Relaciones de nunciatura, I, LXV, 697; Ritter, I, 608; Lossen, II, 456. Cf. la \*relación del embajador mantuano, de 24 de septiembre de 1583, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

bién la casa de Austria (1). Como España sólo de un modo insuficiente respondió a las esperanzas, fué mandado a Madrid en septiembre el obispo de Plasencia, Felipe Segá, como enviado extraordinario. Este no consiguió a la verdad ningún auxilio pecuniario de don Felipe, pero sí la orden resuelta a Alejandro Farnesio de que apoyase por todos los medios al arzobispo de Colonia (2). El mayor celo lo demostró Guillermo V de Baviera, el cual a pesar de sus muchas deudas dió grandes sumas: hasta fines de noviembre sus desembolsos subieron a 200000 florines (3). Debióse en primer término a las tropas reclutadas con este dinero y acaudilladas por el duque bávaro Fernando el que Ernesto quedara señor del arzobispado de Colonia y Gebardo hubiera de huir a los Países Bajos (4).

(1) V. Relaciones de nunciatura, I, 657 s., 674, 681, 685 s.; Törne, 201.

(2) V. Relaciones de nunciatura, I, 697, 702 s., 711, 713.

(3) Riezler, IV, 642.

(4) Para los sucesos particulares nos remitimos a la exposición circunstanciada y por el copioso material impreso e inédito en ella utilizado, muy notable, que se halla en el tomo II de la obra de Lossen «La guerra de Colonia». El autor ensalza en el prólogo su propia imparcialidad. Aunque esta alabanza de sí mismo es merecida en general, con todo muy claramente demuestra en diversos pasajes la pertenencia de Lossen al partido de los llamados Viejos Católicos. A los jesuitas no los puede mencionar Lossen sin indirectas ofensivas. Bonhómini es calificado (p. 315) de celador fanático, porque privó de sus prebendas a canónigos notoriamente heréticos. Trastorna Lossen por entero los hechos históricos, cuando (p. 686), hace cargo a los católicos, al Papa y al duque de Baviera del desencadenamiento de la guerra religiosa, y de los padecimientos subsiguientes del pueblo renano-vestfaliano. No ellos, que rechazaron enérgicamente la acometida a su existencia jurídica y a su religión, son los verdaderos culpados, sino Gebardo, que contra las determinaciones legales del imperio, quería tener a la vez una mujer y un arzobispado. Hay protestantes imparciales, como, por ejemplo, K. Hagen (*Historia de Alemania*, IV, 410), que no tienen reparo en hablar de motivos «bastante impuros», que movieron a Gebardo a abrazar el protestantismo, a violar sus juramentos y hacer la tentativa de derribar la constitución del imperio. Este lado nacional de la cuestión se le ha pasado por alto enteramente a Lossen. Cuando Gebardo, junto con el sacudimiento de la «tiranía» del Papa, hablaba también de la «consecución de la libertad alemana» (\*carta de Francfort del Maine de 2 de julio de 1583, *Archivo de la ciudad de Francfort del Maine*), entendía por estas palabras la introducción en Alemania de la completa independencia de cada uno de sus Estados. Stieve en su crítica de la obra de Lossen hace resaltar acertadamente, que se debe a la victoria del partido católico «que la política territorial de los Estados del imperio alemán, que estaba destruyendo desde hacía siglos el imperio, no lo descompusiese ya entonces en una serie de Estados particulares independientes, sino que siguiese subsistiendo este lazo de unidad nacional, que a pesar de toda su flaqueza era de inmenso valor» (*Gaceta General*, 1898, suplemento, núm. 43).

Por la victoria que alcanzó Gregorio XIII en unión con el duque de Baviera, se alejó el mayor peligro que había amenazado a la antigua Iglesia desde 1555. En cambio una victoria de Gebardo con todas sus inmensas consecuencias no sólo hubiera llevado a la preponderancia y al dominio universal del protestantismo en Alemania, sino también hubiese puesto a la Iglesia en los más graves aprietos en los vecinos Países Bajos y en Francia. Como el norte de Europa así también toda la Europa occidental hubiera caído entonces poco a poco en poder del protestantismo. Esto lo conoció con genial perspicacia Enrique de Navarra, cuando hizo representar, inútilmente por fortuna de la causa católica, a los príncipes luteranos de Alemania, que debían dejar sus divisiones y su aislamiento de sus correligionarios extranjeros y entrar en una liga general protestante contra el papado y la casa de Habsburgo; que entonces sería segura la victoria del protestantismo. Que por eso el negocio de Gebardo era «más importante que ningún otro que hubiera habido en la cristiandad desde hacía siglos»; que ninguno, así lo repetía dirigiéndose a Juan Casimiro, era «de mayor momento para la ruina del papado» (1). También a la reina Isabel de Inglaterra inculcaba de nuevo el de Navarra en marzo de 1585 «la piadosa causa de Gebardo tan sumamente importante para toda la cristiandad» (2), pero igualmente sin buen éxito, pues la soberana de Inglaterra como política positivista sólo se dejaba guiar por los intereses de su reino. El «por todos abandonado» Gebardo como respuesta a su demanda de auxilio hubo de oír de boca de la «reina virgen» la advertencia de que él con su casamiento había «dado a conocer claramente, que no había sido impulsado tanto por el espíritu de fe, cuanto más bien por el aguijón carnal del deleite mundano» (3).

Como se deja entender, fué muy grande el gozo de los católicos por el éxito victorioso de la lucha históricamente importante (4) por el arzobispado de Colonia, la cual en cierto modo

(1) V. Janssen-Pastor, V<sup>15-16</sup>, 45 s., donde están las pruebas particulares de esto.

(2) V. Berger de Xivrey, II, 18.

(3) V. Berthold en el Manual Hist. de Raumer, nueva serie, I, Leipzig, 1840, 70 s.

(4) Juicio de Lossen (II, 646 s.). La importancia de esta lucha se refleja también en la literatura popular; Soltan, Cantos populares históricos, Leipzig, 1836, 437 s.; Sugenheim, Los jesuitas, I, 68; revista de la Sociedad de his-

representaba el combate decisivo entre el catolicismo y el protestantismo en Alemania (1). A pesar de esto no pasó allí inadvertido cuánto quedaba todavía por hacer para el interior aseguramiento del resultado conseguido. Si la restauración católica en el arzobispado de Colonia debía ser duradera, había de seguirla la reforma católica. Sin embargo, no sólo un mejoramiento de la situación eclesiástica de la gran diócesis era indispensablemente necesario; no menos obligado parecía que se dirigiese y vigilase al nuevo arzobispo, en cuya elección no había sido decisiva su calidad de digno, sino su facultad para proteger con medios de defensa temporales la subsistencia de la religión en la arquidiócesis (2). Asimismo se reconoció bien, que sólo por medio de informes más exactos que los que hasta entonces se habían tenido, se podía precaver rápidamente para lo por venir un peligro semejante. A esto se añadía aún, que también la situación de los Países Bajos hacía que pareciera muy deseable la presencia permanente de un representante de la Santa Sede en la Alemania inferior. De estas consideraciones se siguió como consecuencia la necesidad de establecer una especial nunciatura permanente con asiento en Colonia.

Había dado a esto el primer impulso ya a principios de 1583 el excelente obispo de Tréveris, Juan de Schöenberg, en una conversación con Minucci, y en ella indicado al punto a Bonhómini como el hombre a propósito (3). Minucci recogió la idea y la defendió en el tiempo siguiente con grande ardor. Malaspina compuso una memoria especial sobre la necesidad de la nueva representación diplomática de la Santa Sede en el Rin inferior y propuso para ella a Minucci, por el cual se declaró también Bonhómini; éste aconsejó que dejaran a Minucci todavía más tiempo en Colonia, aunque por lo pronto sin el título de nuncio. Más tarde dejó el reparo que tenía contra esta designación. El 23 de junio

toria de Berg, XII, 75 s.; Revista mensual de Pick, I, 365 s. V. además la \*sátira alemana encabezada con este epígrafe: Honores mutant mores, sed raro in meliores, que se halla en el cuaderno 9953 del *Archivo de la ciudad de Francfort del Maine*. Un pasquín latino que comienza: O Truchsess trux es, dux es, mala lux es, mala nux es, puede verse en el *Archivo de Lucerna*.

(1) «En la lucha de los protestantes y católicos en Alemania la posesión de los países renanos era la que decidía la victoria», dice Platzhoff, La posición de los países renanos en la historia de Alemania, Bona, 1921, 9.

(2) V. Unkel en el Anuario Hist., XII, 721 s.

(3) V. Relaciones de nunciatura, I, 362; Unkel, An. Hist., XII, 723.

de 1583 rogó a San Carlos Borromeo, que le favoreciese con su apoyo en sus esfuerzos por conseguir la erección de una nueva nunciatura en el Rin inferior, pues estaba persuadido de que todos los otros nuncios que de presente trabajaban en los negocios de la Santa Sede, no harían juntos tanto provecho, como solo el de Colonia. Con todo Bonhómini ya no pensaba entonces en Minucci, sino en el obispo de Novara, Francisco Bossi, amigo de Borromeo (1).

Acostumbrada a no precipitar cosa alguna, la Santa Sede estuvo primero en expectativa respecto de estas excitaciones. Sólo en vista de las reiteradas representaciones de Bonhómini efectuóse la decisión; el 21 de diciembre de 1583 le escribió el cardenal secretario de Estado, Galli, que se había tomado la resolución de enviar un nuncio a Colonia; que para Pascua de 1584 se había llevado a efecto el nombramiento (2).

Sin embargo en la ejecución hubo todavía una demora más larga, porque la solución de la cuestión de las personas ocasionaba dificultades. Pusiéronse reparos u obstáculos contra todos los candidatos hasta entonces mencionados, a los que se había añadido aún Feliciano Ninguarda (3). El fin fué que en octubre de 1584 contra su esperanza e inclinación el mismo Bonhómini fué nombrado nuncio en Colonia. El nuncio en Graz, Malaspina, que debía reemplazarle en Praga, recibió el encargo de entregarle la instrucción, fechada el 27 de octubre. Las cartas credenciales habíanse ya expedido el 20 de octubre. Un breve de 19 de enero de 1585 determinaba las facultades de Bonhómini y los límites del distrito de su cargo, el cual se debía extender sobre las provincias eclesiásticas de Colonia, Maguncia y Tréveris, los obispados de Basilea, Estrasburgo, Osnabrück, Paderborn y Lieja, el territorio del duque de Juliers-Cléveris y la Flandes española (4).

Después que Bonhómini hubo conocido la firme voluntad del Papa, dejó sus anteriores reparos. Hizo todavía una visita a su amada diócesis de Vercelli, y emprendió luego su viaje a Alemania. El 26 de marzo de 1585 llegó a Tréveris donde al punto dió

(1) V. *ibid.*, 725. La memoria de Malaspina se halla en Theiner, III, 404 s.

(2) V. Relaciones de nunciatura, I, 732.

(3) Cf. Unkel, loco cit., 729 s.; Relaciones de nunciatura, I, 733 s.; Ehses-Meister, I, xxxix.

(4) V. Hartzheim, Concilia, VIII, 498 s.; Unkel, loco cit., 731, 733, 736; Theiner, III, 500; Relaciones de nunciatura, I, 734; Ehses-Meister, I, xlv s., 4.

comienzo a su actividad en el nuevo puesto, que el cardenal Galli declaró ser el más honroso e importante que desde hacía muchos años se había otorgado (1). La elección del Papa se ha de calificar de excelente, pues Bonhómini era en todos aspectos el hombre a propósito para corresponder a las múltiples y grandes exigencias que ponía a su poseedor el nuevo cargo, tanto respecto a una actividad verdaderamente pastoral y episcopal, como respecto al arreglo de los asuntos de los Países Bajos.

La erección de la nunciatura de Colonia pertenece al número de las últimas disposiciones importantes de Gregorio XIII. Poco después de la llegada de Bonhómini a Colonia tuvo su acabamiento un pontificado que significa el amanecer de una nueva época para la Iglesia de Alemania. Bajo el reinado de Gregorio se había alcanzado mucho en el norte: los obispados de Hildesheim, Colonia y en lo esencial también ya el de Münster quedaron salvados para la antigua Iglesia; en Fulda, Wurzburg y el Eichsfeld fué adelante la renovación en el sentido eclesiástico; en Austria se preparaba la restauración católica, siguiendo el ejemplo de Baviera. Fué mérito personal del Papa el que las cosas se hubiesen desenvuelto de esta manera (2). Hay que atribuir a los nuncios que él envió, el que pasara por la Iglesia de Alemania como un aire fresco; a los colegios que Gregorio fundó, corresponde el mérito de haber preparado el fundamento sobre el cual pudo de nuevo afirmarse la vida eclesiástica. En Roma gran número de personas influyentes se habían resistido mucho tiempo a reconocer que la nueva doctrina no se podía ya desterrar de los

(1) V. Relaciones de nunciatura, I, 734; Ehses-Meister, I, xl. A Colonia llegó Bonhómini el 9 de abril, víspera de la muerte de Gregorio XIII. Los motivos que indujeron a erigir la nunciatura de Colonia, fueron circunscritos más tarde en la instrucción para el nuncio Montorio de 31 de julio de 1621 a que el que ocupase este puesto había de vigilar ante todo sopra le più illustri e gran chiese della Germania e principalmente sopra li trè Elettorati accioche non s'introduchino nei capitoli cattolici heretici, non s'eleggano prelati non cattolici e non zelanti; v. Lämmer, Para la Historia eclesiástica, 129. Cf. Pacca, Mem. storiche sul di lui soggiorno in Germania, 235 s.

(2) Con razón se dice en un \*breve de 15 de marzo de 1582, en el que se exhorta al obispo de Estrasburgo, Juan, a proceder en armonía con el cardenal Madruzzo en la dieta imperial: *Perspectum esse fraternitati tuae facile arbitramur nostrum perpetuum studium rerum Germanicarum. Nihil est, quod tantopere cupiamus quam nobilissimam illam provinciam omni munere celesti cumulatissimam esse, idque assidue Deum precamur. Archivo del distrito de Estrasburgo, G, 172.*